PRECIO: $ 1.50

REVISTA DE ARTES Y LETRAS

Año II.—N.° 3. 1.° de Mayo de 1918.

CONSTITUCIÓN

Apuntes del natural, por Isaías Cabezón

Ediciones de ARTES Y LETRAS

EL CONVENTILLO

La casa tiene una apariencia exterior casi burguesa. Su fachada que no pertenece a ningún estilo, es desaliñada y vulgar. La pared pintada de celeste ha servido de pizarrón a los chicos de la vecindad, que la han decorado con frases groseras y mordaces; con líneas y rayas absurdas marcadas con carbón y mil caricaturas risibles y canallescas.

La puerta del medio permite ver hasta el fondo del patio. El pasadizo está casi interceptado con artesas, braseros, tarros de desperdicios y una cantidad de objetos arrumbados a lo largo de las paredes, ennegrecidas por el humo.

En el patio se ve un hacinamiento de muebles deteriorados y utensilios fuera de uso que yacen ahí por negligencia o previsión de sus dueños. Sobre una mesa, aprisionadas en tarros y cajones, algunas matas de hiedra, claveles, rosas y juncos elevan sus brazos multiformes en un impulso irresistible de ascención. El verde tonalizado de las plantas se desprenden del conjunto incoloro y sin fisonomía de las cosas.

Los pequeños harapientos del conventillo gritan y chillan, mientras bromean con los quiltros gruñones y raquíticos.

Al lado de cada puerta, sobre braseros y cocinas se calientan tarros con lavazas, tiestos con puchero y teteras con agua; pegado a las paredes ascienden el humo manchándolas de hollín, y por sobre los tejados forma una mancha densa que se pierde en el espacio.

El patio parece una colmena. Un ruido continuo de chillidos, gritos y exclamaciones se funden, ahuyentando al silencio. Las viejas toman mate junto a sus puertas; otras mujeres lavan cerca de la acequia gritando amenazas a sus chicuelos y hablando por los codos.

Un viejo paralítico de cara terrosa y arrugada, toma el sol en un rincón del patio. Sus manazas negras y encallecidas se apoyan sobre un bastón. A ratos alza la cabeza, da una larga mirada indiferente y luego vuelve a su posición.

Cerca de él, una mujer de senos caídos y movibles hace una excursión higiénica por la cabeza de su hija. Esta grita con voz débil y prolongada. Su madre la amenaza con chancarle el hocico si no calla. La chiquilla sigue gritando en el mismo tono; entonces la mujer se irrita, empuña la mano y la deja caer como un combo sobre la cabeza de su hija. La muchacha comprende que su madre no es aficionada a la ternura, y aminora la energía de sus gritos hasta convertirlos en sollozos ahogados.

El pequeño Víctor—hijo de la inquilina de la puerta—mientras seguía tras el quiltro «Sáfiro» se ha caido achatándose las narices en el empedrado del patio; su madre que lo espiaba, lo atrapa y descarga sobre su cuerpo una lluvia de palmetazos.

—¡Ah, maldito chiquillo! ¿Por qué me haces sufrir? ¿Dí... bruto?

El verdulero que leía su biblia se interrumpe: ¿Por qué le pegas tanto al chico, pecadora? ¿No sabes que Jehová se enoja?

—¡Qué me importa a mí tu Jehová!... ¡Viejo entrometido!... ¡Métete en tus cosas y no en las mías!

El viejo sabatista se contiene y alzando los ojos exclama: «Sé clemente Jehová» y sigue deletreando la biblia.

A la izquierda del último cuarto, queda un buen trecho de patio acoplado por trastos dejados por los arrendatarios; allí hay esqueletos de faroles, mesas de pino y de raulí; regaderas y demás tiestos de latón agujereados; colchones con sus telas desgarradas; una mesa Luis XV, de patagua con su cubierta

despedazada y un cuadro quiteño con Jesús y María encerrados en un marco de caoba.

Barrilones voluminosos se resecan inútilmente en un rincón, junto a una infinidad de piezas y utensilios diversos, patinados con polvo y lodo que parecen resumir la historia miserable de la plebe.

Perdida entre la montaña de objetos está la habitación del abuelo Bautista. Es un cuarto obscuro, bajo de techo y mal oliente. Se entra a él por una puerta minúscula, que el viejo asegura con tres candados en sus horas de ausencia.

Bautista es trapero. Día a día, a la hora de siempre, sale de su covacha con un saco a la espalda y un grueso bastón en la mano.

Vuelve después del medio día. Abre la puerta, deja el bastón en el marco y el saco frente a su piso.

Hace fuego y mientras se calienta el puchero, arrincónase en la semi obscuridad de su boharda a examinar los hallazgos del día. Un juego de cajones y tarros hacen de estantes. Allí se encuentran mil utensilios de diversos usos y épocas.

Penden de la pared grabados antiguos que representan escenas de la Edad Media; un cartón obscuro deja adivinar la silueta de una mujer debilmente esbozada; más allá, un bastón de caprichosa figura y un paraguas casi abierto proyectan una sombra rara en la pared; sobre un cajón, un tomo con tapas de pergamino hace compañía a un candelero de cobre que está junto a un chuico de barro arequipeño.

Los demás cajones están llenos con objetos de porcelanas, vidrio y cristal dan al cuarto un aspecto de bodega.

Bautista fué sacando papeles despedazados, pedazos de metal, cartones, trapos colorados, cucharas oxidadas y una variedad de minucias deformes que iban guardando en diferentes cajones.

Cuando terminó la labor, retiró el puchero del fuego y lo vació en un plato. Acercó el piso a la puerta, se arremangó la camiseta hasta los codos y empezó a comer. Comía con lentitud y mascaba de una manera larga y ruidosa.

Y la misma escena se repetía diariamente.

Es de noche. La sombra borra la fisonomía del conventillo y se prolonga en todas direcciones. La luz de una lamparilla de petróleo palidece y se ahoga en la sombra.

Por los rincones del patio los vecinos charlan formando manchitas movibles.

La hija de una vecina, sentada sobre un banco afina el arpa. Las notas tiritan en el espacio y se fugan rumoreando.

En la atmósfera danzan multitud de arpegios que se multiplican y se alejan...

Un vecino pide una canción. La voz asciende en un lamento suave para languidecer en cada verso. Vuelve a nacer y en mitad del verso se alarga hasta morir en un suspiro...

...Llorando lo más sentida...
en un rincón la encontraba...

Y en el intervalo de cada estrofa, la música del arpa, prolonga la tristeza del ambiente. Nadie conversa. Dentro de cada uno el recuerdo se encamina del presente al pasado anudando los detalles de cada vida.

Hasta Bautista y el viejo verdulero se han quedado silenciosos en un rincón; pero el zapatero que es hombre poco dado al sentimentalismo, pide una cueca y se acerca a la tocadora; entonces el arpa se estremece al contacto de la manos que bailotean en su cordaje; su música se desgrana tumultuosamente. Vibra sonora y animada.

La luz de la luna hace transparente la sombra.

Se reanuda la charla. Bautista enciende su pipa, mientras que su compañero le habla de Jehová y del pecado.

Los cuartos se abren y nuevos inquilinos engrosan el grupo y los chiquillos menos interesados al espectáculo huyen al fondo del patio donde organizan un juego cualquiera.

Alicia, la mujer del ciego, aprovechando la ausencia de éste, trae la lámpara y la coloca sobre una mesa despaturrada. La sombra se aparta del centro y se hace más densa en los rincones.

La cueca empieza. Alicia baila con el zapatero. Sus cuerpos muévense acompasadamente siguiendo el ritmo musical. El

arpa comunica una extraña animación al grupo que dicharachea y se entusiasma y anima la cueca con palmadas.

El zapatero se transforma. Su cuerpo se hace liviano y flexible, sus pies taconean fuertemente. Su rostro se mantiene alzado.

Alicia, con los ojos bajos, muévese con lentitud provocativa.

El zapatero la persigue tenaz, con las pupilas encendidas.... Los movimientos obedecen a la mímica de mil giros diversos; sus cuerpos parecen tocarse; pero de repente ambos giran rompiendo la intención del romance mímico y el bailador se aleja seguido por su compañera. Y el mismo romance se repite varias veces en la cueca hasta que la voz se rompe en la altura y ambos giran en derredor quedando frente a frente.

Siete de la mañana. La mayordoma, una vieja chica, deformada, con la cara surcada de arrugas y la cabeza envuelta en un trapo empieza a barrer.

El patio decorado con piedras, cáscaras de sandía, papeles y demás inmundicias abandonadas por el centro y los rincones, hacen dificultoso el barrido. La vieja ciñe sus manos ganchudas al mango de la escoba y con ella empuja las piedras y basuras que apenas se mueven. Pasa la escoba una y otra vez hasta que concluye por impacientarse y arremete a puntapiés con las piedras, que en esta ocasión se arrastran algunos metros.

La vieja se detiene jadeante y deja escapar por su boca desdentada un surtido de insultos dirigidos a los inquilinos que sistemáticamente le llenan el patio de porquerías.

—¡Ah, y pensar que una ha sido decente! exclama. Y con movimiento de cabeza indica su renunciamiento al pasado, coge la escoba y sigue barriendo.

El conventillo se despereza. Algunas mujeres y chiquillos, con los dedos en los ojos, entreabren las puertas. De los cuartos salen diálogos bulliciosos.

La tísica ya está en pie y se sienten sus trajines por la pieza.

Tose, tose continuamente, y su tos breve martillea en el pecho. Saca un viejo sillón de mimbre y se sienta al sol.

El sol cae sobre sus senos y multitud de rayitos se deslizan a lo largo del vestido, manchándolo de luz.

Apoya sus manos huesudas en los brazos del sillón y mueve su cabeza a ambos lados. Sus ojos hundidos, buscan a una vecina a quien hacerle sus eternas confidencias, y como no encuentra a otra, las emprende con la vieja mayordoma que lleva medio patio barrido.

Habla con cansancio y su voz chilla como corneta de juguete.

—¡Ah, señora, anoche creí morirme; fíjese que no pude dormir. Cerraba los ojos y parecía que el catre subía... subía con rapidez espantosa; se me apretaba la garganta, y cuando los abría, el catre estaba donde mismo; entonces mis ojos, sin querer, se iban para el lado y veía, señora, una calavera con pelo rubio, que se reía moviéndose como un péndulo. Parece que se reía con todos los huesos; pero no me daba miedo... yo alargaba la mano como para agarrarla... y se escurría para debajo del catre, entonces yo alzaba la colcha y la miraba y ella se movía, riéndose, y me parecía que de repente iba a estallar en una carcajada... Cerraba los ojos y el catre subía... subía.

—Ah, señora; y la tos, la maldita tos que me ahogaba.

Y como el tema empezaba a agotarse, daba comienzo al relato de sus enfermedades, hablando siempre en el mismo tono, detallando hasta el cansancio y recomenzando a propósito de cualquier nimiedad; recordar su niñez, su casamiento, el primer parto y mil cosas más, que las repetía constantemente en su conversación, que duraba todo el día.

Han pasado varios días; Carlos, el marido de la tísica, se despertó en un amanecer admirado de no oirla toser ni hacer ningún movimiento. Empezó a contarla que en la noche anterior se había emborrachado sin darse cuenta, mientras conver-

saba con los maestros; pero la tísica parecía no escucharle; se enderezó y vió que su mujer no respiraba.

Se había muerto en la noche con las manos empuñadas y los ojos entreabiertos. Entonces el pobre hombre empezó a sollozar y a tirarse los cabellos furiosamente.

Pronto las vecinas se impusieron e invadieron la pieza. Miraban a la muerta con ojos curiosos y espantados y cada una agregaba una frase a la plática que iba enumerando todas las virtudes y bondades de la tísica; todos estaban de acuerdo en que habían terminado sus padecimientos; que en vida había sido muy buena y amistosa. El viejo sabatista que vendió temprano sus verduras había llegado, y cuando supo la noticia se acercó y después de contemplarla un momento, improvisó un discurso rudo compuesto de axiomas fúnebres que combatían los vicios y vanidades humanas; dijo que tanto el rico como el pobre eran iguales, porque ambos nacían de la tierra y volvían a ella, donde primero eran pasto de gusanos y polvo abandonado después.

Bautista, antes de irse a trabajar, entró trayendo un paquete de velas que depositó a los pies de la muerta. Pasó un largo rato mirándola, y luego se fué, moviendo los hombros.

Mañana la llevarán al cementerio, y cuando alguien mate a otro, o una muchacha aburrida abandone su hogar, nadie ya recordará a la tísica muerta.

GONZÁLEZ-VERA.